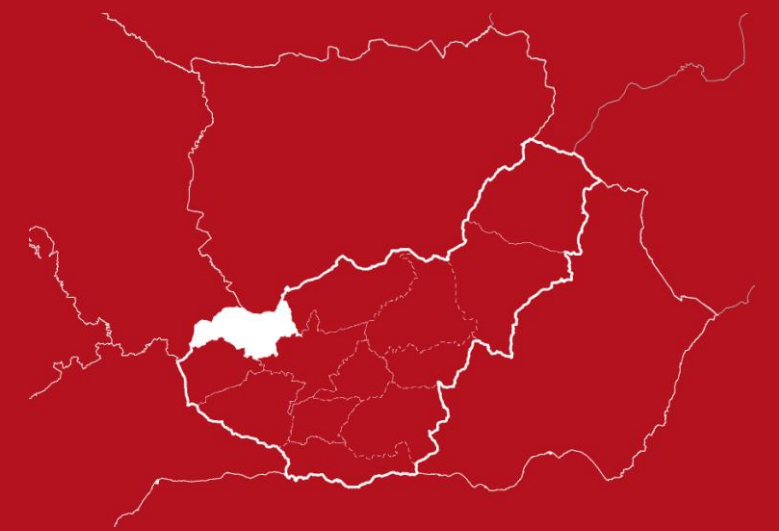
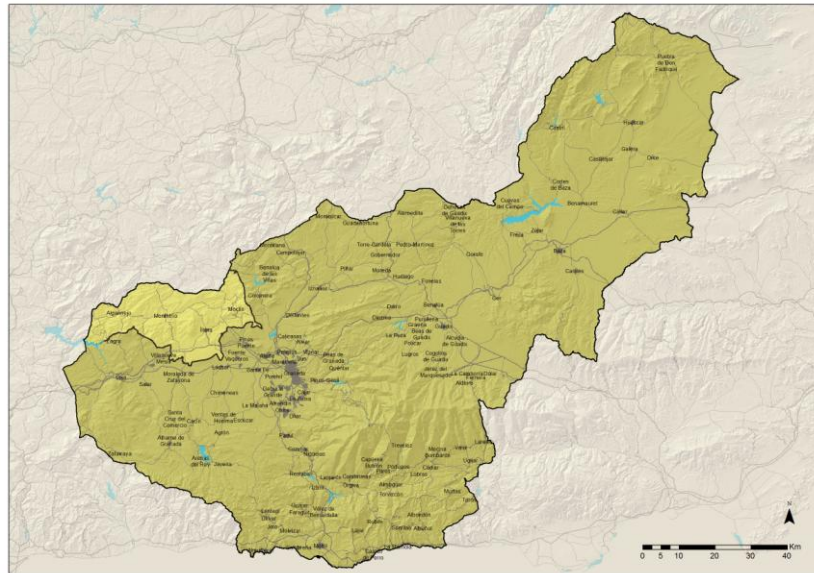


MONTES OCCIDENTALES





1 IDENTIFICACIÓN



Fuente: Elaboración propia a partir de cartografía 10.000 del IECA.

1.1 Denominación

Montes Occidentales

1.2 Localización en el contexto provincial

Ubicada en el borde noroccidental de la provincia, este territorio han constituido la frontera histórica más importante de Granada, asentada sobre un marco físico agreste, como el subbético, determinando la diferencia cultural entre cristianismo e islam y su paralelismo territorial entre el valle del Guadalquivir y las cordilleras béticas.

La unidad paisajística Montes Occidentales queda delimitada: al oeste y noroeste, por el arco que describe el límite provincial con Córdoba, discordante con el medio físico, destacando la presencia de la sierra cordobesa de Albayate, muy próxima al ámbito granadino; por el noreste, la provincia de Jaén y la sierrecilla de la Virgen, marcan la linde que llega hasta la localidad granadina de Gumiel; por el este, la unidad de los Montes Orientales cuyo límite longitudinal separa las sierras de la Hoz y del Marqués, hasta llegar a las proximidades del embalse de Cubillas; en la franja meridional, el Area Metropolitana y Vega de Granada y al suroeste Tierra de Loja, cierran la delimitación en la cola del embalse de Iznajar.

En cuanto al sistema viario, el ámbito queda al margen de la principal arteria de la provincia y de Andalucía, la A-92, aunque relativamente próximo como articular las comunicaciones con otras zonas de la provincia. Así mismo, la unidad es recorrida por varias carreteras, que conectan el ámbito con la A-92 y con el exterior en sentido sur-norte. Entre ellas, la más relevante es la N-432 que une Granada, Córdoba y Badajóz, y discurre por la zona oriental del ámbito. También destacan la A-335 que une la Alcalá la Real (Jaén) con la A-92 pasando por Montefrío, la A-4154 que une Loja y Priego de Córdoba (Córdoba) pasando por Algarinejo y la GR-3410, que pese a formar parte de la red secundaria, ejerce de eje transversal uniendo el interior del ámbito, desde Moclín a Algarinejo pasando por Montefrío. Por otra parte, la línea de ferrocarril Granada-Bobadilla recorre el ámbito por el sur de forma tangencial, entre las localidades de

Obeilar y Tocón, por lo que carece de importancia para articular las comunicaciones del ámbito.

1.3 Encuadre territorial

Desde el punto de vista territorial, la unidad Montes Orientales posee una superficie total de 65.738 has repartida entre los municipios de Algarinejo, Íllora, Moclín y Montefrío, albergando una población de 23.710 habitantes, lo que apenas supone un 2,6% del total provincial.

El ámbito se encuentra dentro dominio territorial Sierras y valles béticos que establece el Plan de Ordenación del Territorio de Andalucía, dentro del cual encontramos una dualidad de espacios: por un lado, el subdominio Sierras subbéticas, que ocupa más del 80% de la unidad, y por otro, Depresiones intrabéticas, situado al sur en contacto con la vega de Granada. En primer lugar, las Sierras subbéticas se caracterizan por la alternancia de macizos montañosos calcáreos y pasillos margosos cubiertos por el olivar, donde la expansión de los terrenos agrícolas está mermando los usos forestales y generando problemas relacionados con la erosión. Por su parte, Depresiones intrabéticas hace referencia a la fracción más meridional de la unidad ubicada en la vega de Granada, donde se concentran los usos urbanos, agrícolas, infraestructuras y comunicaciones, generando fuertes tensiones territoriales, especialmente, sobre los fértiles suelos de vega.



Vista general. Autores: M. Carmona y L. Porcel

1.4 Contextualización paisajística

En términos paisajísticos, el Atlas de los Paisajes de España (2003) establece una dualidad de espacios, distinguiendo entre Sierras béticas y Hoyas y depresiones bético-alicantinas.

El primero, ocupa algo más de la mitad de la superficie del ámbito y se corresponde con una serie de sierras y montes calcáreos cretácicos y jurásicos, individualizados por una serie de pasillos margosos cubiertos de un olivar que asciende por las laderas hasta donde la pendiente y la litología se lo permiten. Los núcleos de población se ubican en posiciones estratégicamente defensivas como colinas, crestas o en la confluencia de pasillos y corredores naturales.

Por otra parte, Hoyas y depresiones bético-alicantinas hace referencia las zonas bañadas por el surco intrabético, que en los Montes Occidentales se localizan en tres enclaves: el primero, que ocupa una extensa franja meridional, queda restringido a los piedemonte y lomas sedimentarias terciarias de las sierras de Parapanda, Madrid, Enmedio y de la Hoz, en contacto con la vega de Granada. El resto de zonas con características similares a la anterior y unas dimensiones más reducidas: una se localiza al noreste, en torno a la cuenca alta del río Velillos, y la otra al norte, en torno a la localidad jienense de Venta de Agramaderos. Además, cabe señalar la incursión de una pequeña zonas de la vega de Granada, localizada en torno a la población de Escóznar, catalogada con el tipo paisajístico Vegas del Guadalquivir, Genil y Guadalete, que resulta anecdótico en el contexto general de los montes.

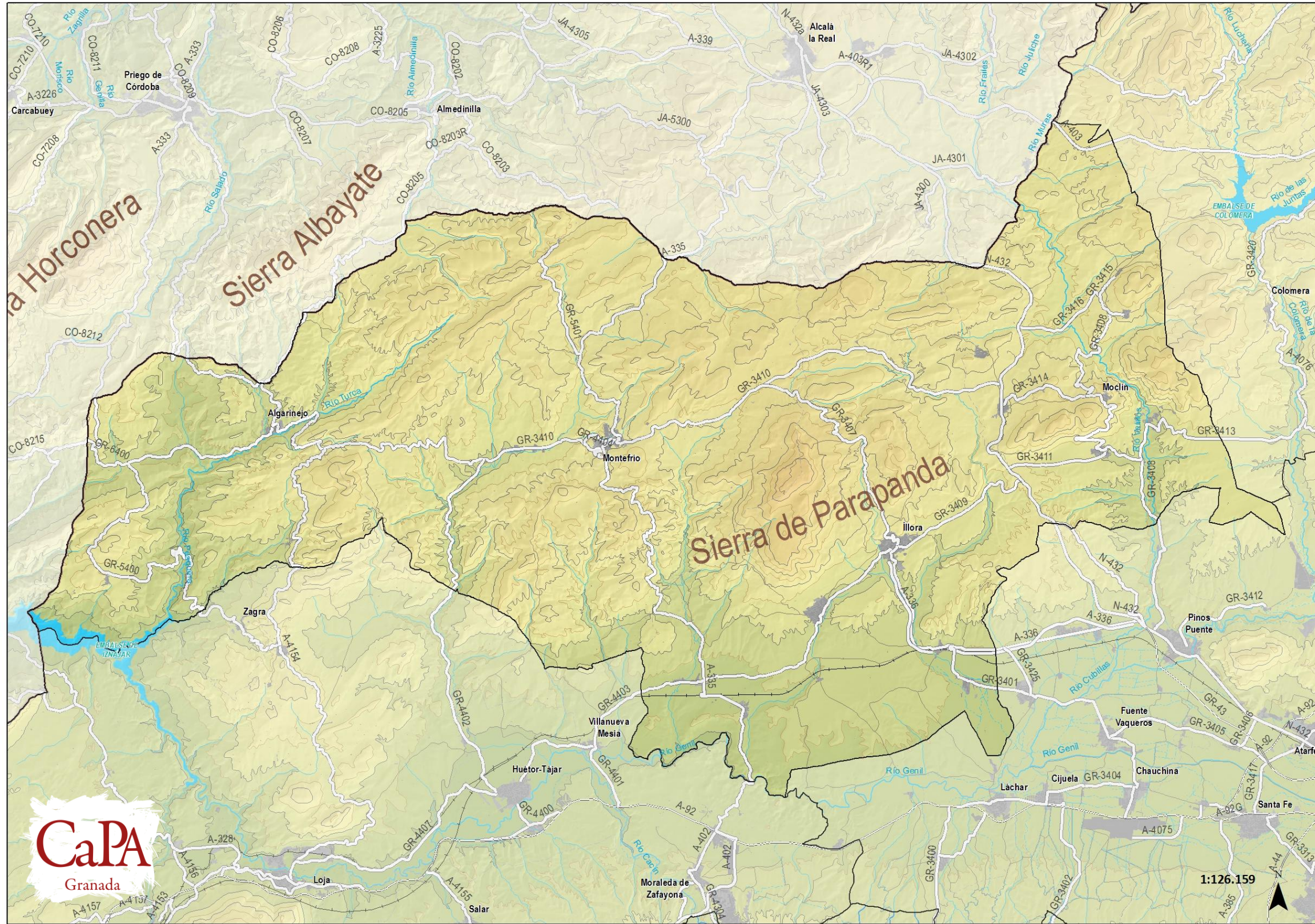
El Mapa de los Paisajes de Andalucía (2003) presenta otra composición del ámbito, agrupada en cuatro categorías paisajísticas: al sureste, Valles, vegas y marismas interiores añan las características de la vega con los piedemontes y lomas triásicas; por otro lado, al este y al noroeste, se distingue dos áreas de Serranías de media montaña que engloban los pasillos, lomas y las sierras de En medio, La Hoz o Limones; al norte, entre las dos áreas de tipo paisajístico anterior, se localizan las Campiñas alomadas, acolinadas y sobre cerros que integra desde los núcleos de Montefrío, Íllora y Puerto Lópe hasta el límite con Jaén; por último, la zona suroeste-oeste queda bajo la categoría de Campiñas de piedemonte, recorriendo las sierras de Parapanda, Las Chanzas y la localidad de Algarinejo.

En este área de paisaje se pueden encontrar los siguientes tipos paisajísticos a escala subregional (T2) y comarcal (T3):

- T2_3. Macizos montañosos y vertientes supramediterráneos de dominante forestal
 - T3_2 Macizos montañosos calizos supramediterráneos
- T2_4. Sierras y colinas de vocación agrícola con espacios de vegetación natural
 - T3_1 Sierras y colinas mesomediterráneas con predominio del olivar
 - T3_2 Colinas y lomas mesomediterráneas de herbáceos y leñosos en seco con espacios de vegetación natural
 - T3_3 Laderas montañosas mesomediterráneas de dominante natural con cultivos de secano
- T2_7 Depresión y vega de Granada
 - T3_1 Colinas y lomas en materiales detríticos con cultivos de secanos mixtos



Autores: M. Carmona y L. Porcel



Fuente: Elaboración propia a partir de cartografía 10.000 del IECA.



2 CARACTERIZACIÓN

2.1 Fundamentos y componentes naturales del paisaje

Desde el punto de vista geológico, el ámbito se encuentra dentro del dominio subbético, constituyendo un área montañosa de materiales secundarios, compuesta por una serie de sierras calcáreas erosionadas e individualizadas por pasillos y depresiones margosas terciarias. La configuración del ámbito comienza en el triásico, con la sedimentación marina de aguas someras, pasando posteriormente a régimen continental. Durante el Lías la cuenca mariana se hundió y queda afectada por fallas de zócalo, subdividiéndose y estableciéndose distintas profundidades, lo cual alteró la evolución del proceso de sedimentación e marcó la futura distinción entre el subbético externo y medio y el interno. A su vez, estas fallas provocaron una serie de surgencias volcánicas sobre el fondo marino, dando lugar a la formación de rocas ígneas. Durante el Cretácico, emergen los primeros pliegues de la zona septentrional, pero no es hasta el Mioceno inferior, cuando se acentúan dando lugar a cabalgamientos y conformando el levantamiento definitivo en el Plioceno. Comienza entonces la erosión de los relieves calcáreos y el relleno de las depresiones internas, dando lugar al actual relieve de tipo jurásico.



Alineaciones de sierras de altitud media. Autores: M. Carmona y L. Porcel

Desde el punto de vista litológico y teniendo en cuenta las características de la evolución tectónica y paleogeográfica, podemos subdividir el ámbito en tres unidades: el dominio subbético externo-medio, el subbético interno y las depresiones postorogénicas. El primero se extiende por todo el ámbito a excepción de la zona sur-sureste, las bordes noreste y suroeste y la depresión de Montefrío. Se caracteriza por el predominio de margas, margocalizas y calizas, dando al relieve formas alomadas, cuyos pliegues siguen una orientación SO-NE, siendo los más destacados Sierra Pelada, ubicada al norte de Íllora, y Sierra de las Chanzas, al sureste de Algarinejo. El subbético interno se localiza a lo largo de una banda en sentido SO-NE, entre la unidad anterior y la Depresión de Granada, que integra los afloramientos calizo-dolomíticos de Parapanda, Madrid, Enmedio-Moclín, Hoz, Tózar y Limones. Estas sierras siguen una orientación SO-NE, a excepción de Parapanda y Madrid, cuya dirección N-S quedaría

justificada al tratarse de relieves alóctonos, que emergieron en zonas más meridionales y cabalgaron, deslizándose sobre un triás que actuó como lubricante, hasta alcanzar su posición actual. Por último, el borde sureste en contacto con la Depresión de Granada, presenta conglomerados de arenas y lutitas cementados por limos, con algunos afloramientos calcáreos menores como la sierra de Obeilar, que enlazan con la llanura aluvial del Genil. Por otra parte, los relieves alomados de margas y margocalizas situados en depresión de Montefrío y en el noreste, en torno a Limones, cambian sus colores ocres característicos por tonalidades albinas como consecuencia de la incursión de las calcarenitas en esta área.

Las formas de modelado están íntimamente ligadas a los periodos paleoclimáticos semiáridos, donde la meteorización física y la acción del agua han perfilado una red dendrítica en ocasiones densa, debido a la falta de coherencia de los materiales triásicos, pero sobre todo, ha permitido el modelado kárstico en enclaves serranos como sierra más elevadas de Parapanda y Madrid. Así, las cimas de estas sierras se presentan formas redondeadas como los lapiaces desgastados, dolinas y simas, mientras que en los bordes presenta relieves agrestes como los crestones de dolomías de la sierra de Madrid.

Desde el punto de vista edáfico, podemos distinguir cuatro grandes formaciones de suelos en el ámbito: Regosoles calcáricos, Cambisoles cálcicos, Litosoles y Fluvisoles. Los Regosoles calcáricos se localizan sobre los materiales margosos y margocalizos, extendiéndose por las tierras alomadas septentrionales de oeste a este. Se caracterizan por su textura arcillosa, presentan una alta plasticidad, agrietándose ante la falta de agua e hinchándose con excedentes de la misma. Sobre ellos se instala el olivar en detrimento de los cereales. Los Cambisoles cálcicos se extienden entre los anteriores y la depresión de Granada, ocupando los pasillos intramontanos. Podemos distinguir dos zonas según la litología predominante: por un lado, cambisoles sobre margas y margocalizas, se localizan en la zona centro-oeste y poseen textura franca o franco-arcillosa, asociándose con los calcisoles sobre los glacis o relieves suaves próximos a las sierras de Parapanda o Madrid; por otra parte, aquellos localizados sobre los conglomerados del cuadrante sureste, asociándose localmente con luvisoles, que son suelos propios de superficies más estables y antiguas pudiendo presentar horizonte petrocálcico. En todo este sector, el uso predominante es el del olivar alternado con los cereales y las oleaginosas. Por otra parte, los Litosoles se localizan sobre las sierras calcáreas, siendo suelos poco profundos de sustrato duro y alta pedregosidad. Se asocian con los cambisoles crómicos, formados por la acumulación de arcillas de descalcificación rojas. Suelen albergar vegetación natural y climácica. Por último, los fluvisoles presentan una localización azonal en puntos muy concretos: al noreste, en el curso alto del río Velillos; al sureste, en Escóznar ya en contacto con la vega de Granada; y al sur, en torno a las localidades de Tocón y Alomartes. Se trata de suelos con texturas diferentes en función de los procesos geomorfológicos que les afecte y la distancia al cauce fluvial. En general, son considerados buenos suelos para la agricultura, normalmente siendo cultivados de herbáceos.

Desde el punto de vista climático, nos encontramos ante un clima Continental mediterráneo similar al de los Montes orientales, que supone una transición hacia las frías estepas del Noreste, pero donde la aridez y el rigor térmico es algo menos acusado. Las precipitaciones disminuyen de norte a sur y de oeste a este, oscilando entre los 654 mm anuales de Montefrío y los 488 de Íllora, mientras que en las cumbre de Parapanada y Madrid puede acumularse algo más de 700 mm. Estas se producen en otoño, entre noviembre y diciembre, pudiendo alcanzarse un segundo máximo pluviométrico en primavera. El verano se presenta seco con la presencia de algunas tormentas de origen convectivo, iniciando el año hidrológico seco. Por su parte, el régimen térmico muestra una temperatura media anual en torno a 14°C en la mayor parte del ámbito, subiendo hasta los 15 en el extremo occidental, con lo que se establece un gradiente térmico descendente de oeste a este. Los inviernos son fríos y perduran de diciembre a marzo, con una media de enero que no supera los 10°C, mientras que los veranos se alargan desde junio a septiembre, siendo julio el mes más cálido con una media de 25°C.

El ámbito presenta un ombroclima seco con precipitación media anual entre 350-600 mm, llegando a alcanzar el subhúmedo en las cumbres más elevadas. Dado el carácter eminentemente agrícola del ámbito, la vegetación natural queda relegada a los

enclaves serranos o aquellas zonas que presentan dificultades para la implantación de los cultivos, como escarpes rocosos, lomas o zonas con elevadas pendientes, pudiendo distinguir los pisos bioclimáticos mesomediterráneo y supramediterráneo.

El mesomediterráneo se localiza en a en cualquier zona del ámbito entre 700 y 1400 m de altitud, siendo característica en él, la serie bética seca basófila de la encina (*Paenion coriacea-Quercetum rotundifoliae sigmetum*). Esta, se caracteriza por un encinar cuyo estrato arbóreo esta compuesto por *Quercus rotundifolia*, pudiendo encontrarse *Quercus faginea* en las umbrías y barrancos más húmedos. El sotobosque es rico en arbustos como *Peonia broteroi*, *Peonia coriácea*, *Rubia peregrina*, *Aparagus acutifolius* o *Daphne gnidium* entre otros. Este encinar puede aparecer adherido o con sotobosque enriquecido con especies térmofílicas como *Pistacia lentiscus*, *Olea europea var sylvestris*, *Rhamnus oleoides subsp. velutinus* o *Smilax aspera subsp. mauritánica*. Además podemos encontrar otras especies que forman pastizales vivaces como espartales, aulagares, jarales o tomillares.

Por otra parte, el piso supramediterráneo se localiza exclusivamente en la sierra de Parapanda por encima de los 1400 m, donde se establece la serie basófila de la encina (*Berberidi hispanicae-Querceto rotundifoliae sigmentum*). Se trata del bosque esclerófilo de la encina (*Quercus rotundifolia*) y el agracejo (*Berberis hispánica*), pudiendo encontrar arces y quejigos de forma aislada en zonas de mayor humedad. El estrato arbustivo está compuesto por *Crataegus monogyna*, *acer granatensis* y *Rosa sp.* pero debido a la presión antrópica y el pastoreo, actualmente dominan los pinares de repoblación de *Pinus sylvestris* y *Pinus pinaster*, cuya orla arbustiva está representada por piornales (*Genista cinérea subsp. speciosa*), lastonares (*Helictotricho-Festucetum scariosae*), espinales (*Crataego Loniceretum arborea*) y matorral almohadillado (*Erinacea anthyllis* o *Ptilotrichum spinosum*).

En cuanto a la ocupación de suelo, los cultivos leñosos se extienden por el 64,7% del territorio, estando en su mayoría compuesto por olivar de secano. Le siguen en importancia los herbáceos con un 11,4% protagonizado por las tierras calmas o de labor. Por otra parte, las quecíneas (4,2%), los matorrales (5,4%) y los pinares de repoblación (3%), es decir, la vegetación natural, apenas carece de representación en la totalidad del ámbito.



Vegetación natural en áreas poco accesibles. Autores: M. Carmona y L. Porcel



2.2_Principales hitos y referencias del proceso de construcción histórica del territorio

Prehistoria y Protohistoria

Desde mediados del IV milenio hasta comienzos del III milenio se desarrolla en los Montes Occidentales una etapa a la que se ha denominado Neolítico tardío, en la cual aparecen las primeras manifestaciones de sedentarización plena y de fijación de estructuras territoriales estables. Este proceso está atestiguado sobre todo por Las Peñas de los Gitanos, zona arqueológica situada 4 kilómetros al este de Montefrío. Se trata de una gran formación kárstica en las que se han formado diversas cuevas y pasillos, en uno de los cuales se sitúa el poblado prehistórico de Los Castillejos, fundado hacia 3200 a. C., en una bien orientada solana a resguardo de los vientos dominantes. Es un tipo de asentamiento que, si bien no rompe totalmente con el trogloditismo, tiene la condición de estable, durando hasta bien entrada la Edad de Bronce. Si bien la ganadería es la actividad dominante, la agricultura tiene un peso considerable en este horizonte cultural, Cabe suponer también que la roza propia de etapas anteriores sería sustituida por la formación de un ager, cuya extensión nos es desconocida. Presumiblemente se iniciaría la deforestación y la desaparición del bosque mediterráneo original en las onduladas depresiones margosas, cuyo potencial agrícola ya era conocido por estas poblaciones.

El poblado de Los Castillejos fue también un lugar relevante de asentamiento durante la vigencia del horizonte cultural megalítico, Así lo atestigua la necrópolis dolménica allí existente, situada en el área meridional de la formación kárstica. En este período se desarrolla además la agricultura extensiva de secano, adaptada a las onduladas depresiones margosas frecuentes en Los Montes. Aún así, es posible que permaneciera la agricultura de roza en áreas de bosque mediterráneo. Por otra parte, permanece la ganadería trashumante de carácter estacional y a corta distancia, entre el norte de la actual provincia de Granada y los altos pastizales de las serranías subbéticas y Sierra Nevada.

Época romana y Antigüedad Tardía

El poblado de Los Castillejos, que había sido abandonado hacia 1800 a. C., fue reocupado en época iberorromana. Ello ha llevado a interpretar que este asentamiento podría ser la ciudad de Hiponova, mencionada por Plinio y Estrabón, una ciudad que habría tenido gran valor estratégico en la ruta entre el Alto Guadalquivir y las costas de Málaga. También hay constancia del topónimo Mons Frigidus, antecedente del actual Montefrío. Se ha constatado también la existencia de un hábitat rural disperso durante los siglos I y II d. C., especialmente en el ámbito de Moclín, adscrito entonces al ager ilurconensis. Las villae agrícolas aprovecharon las buenas condiciones de las lomas y los piedemontes, y la ruralización del bajo imperio habría reforzado su importancia territorial y económica.

Durante los siglos V y VI empiezan a aparecer asentamientos en altura. Se trata de poblados que se emplazan en escarpes de fuerte pendiente, con un alto grado de visibilidad y controlando vías de comunicación de valor estratégico. En los Montes occidentales los más destacados son la primera fase del poblado de El Castillón (Montefrío), Las Mesas y Tajo del Sol, junto a Íllora. La razón de este proceso no está del todo clara, y puede estar vinculado a la presencia de los bizantinos, la cual habría obligado a los visigodos a establecer un limes, si bien no es descartable que se trate de un sistema defensivo propiamente bizantino. A principios del siglo VII, tras la conquista de la vega de Granda por los visigodos, algunos de estos asentamientos en altura pasarían a ser ocupados por personajes de las élites dirigentes. En otros casos, como El Castillón, estamos muy probablemente ante poblados rurales con una dedicación preferente a la ganadería y la agricultura de secano.

También se constata en este período la existencia de otros núcleos de menor extensión y más cercanos a las zonas productivas, siendo probable que algunos de ellos se emplazaran en el mismo lugar que ocupan algunos núcleos actuales. Este parece ser el

caso de los núcleos de Brácana, Tocón y Alomartes, todos ellos en el actual municipio de Íllora. La existencia de necrópolis tardoantiguas junto a estos asentamientos avala la probabilidad de que su origen date de este período. A partir de principios del siglo VII se constata una tendencia a ocupar las depresiones, en un momento de cierta estabilidad política y como posible consecuencia de los esfuerzos de la monarquía visigoda por establecer un control territorial efectivo.

Época andalusí

Los inicios de la etapa emiral parecen estar marcados por la continuidad con la etapa precedente. De este modo, persiste la dualidad, propia de la etapa visigoda, entre asentamientos en altura, habitados ahora por las élites muladies locales y parte de la población, y otros situados en zonas bajas, orientados a la agricultura y la ganadería. Los primeros ejercían funciones de control del territorio: mantener el orden y de cobrar los tributos que habían de ser transferidos a los gobernantes árabes. Es muy probable que las élites muladies apoyaran la rebelión de Omar ben Hafsun durante la segunda mitad del siglo IX. Ello implicó, en Los Montes, una reducción significativa de los asentamientos en zonas bajas, a la vez que persisten fortalezas como las de Tajo del Sol.

Durante el siglo X, tras el fin de este período de inestabilidad Abd al-Rahamán III, éste ordenó la destrucción de estas fortalezas, decretando además el descenso de la población a zonas más llanas para evitar nuevos conflictos, y manteniendo sólo las que lo habían respaldado y las que tenían valor estratégico. De este modo, la época califal supuso una importante repercusión en el poblamiento: se constituye una nueva red de asentamientos, formada por poblados de pequeña y mediana extensión que suelen emplazarse a media ladera, siempre en proximidad a fuentes y con una orientación económica preferente hacia la ganadería y el secano.

En el siglo XI se mantiene la red de núcleos formada durante la etapa precedente, aunque se detecta un mayor número de fortificaciones, en la medida en que la fragmentación política del período de Taifas incrementaba las necesidades defensivas de cada reino. A principios del siglo XII se constata otro importante cambio en el orden territorial. Los asentamientos de media ladera que habían proliferado durante los dos siglos anteriores parecen abandonarse de manera uniforme, persistiendo sólo algunos de ellos. De forma paralela, empiezan a surgir nuevos poblados que, en lugar de las zonas de ladera, ocupan los fondos de los valles y se orientan a la agricultura de regadío. Es probable que esta última tendencia fuera fomentada desde el Estado, como un medio de intensificar el aprovechamiento de los recursos e incrementar así los ingresos fiscales.

Tras la constitución del reino nazarí de Granada, los Montes Occidentales se convierten en parte de la extensa frontera con los reinos cristianos. Ello implica una militarización del territorio y la aparición de nuevos tipos de asentamiento. En un primer momento se refuerzan algunos de los castillos existentes, lo cual permitirá la estructuración del territorio en distritos castrales, probablemente a través del acuerdo entre las comunidades rurales más importantes y el poder estatal. A mediados del siglo XIV se construyen fortificaciones en mampostería y, sobre todo, una tupida red de torres atalayas y torres de alquería, con el fin de defenderse de las cada vez más frecuentes incursiones cristianas. Durante los siglos XIV y XV esta militarización del territorio afectó también a las alquerías, especialmente a las que se hallaban en la franja comprendida entre los castillos y la frontera: algunas de ellas son abandonadas o bien son utilizadas estacionalmente. Todo ello propicia que la población tienda a agruparse cada vez más en torno a los castillos, hasta que terminen surgiendo las villas de frontera (Montefrío, Moclín), formadas distintos recintos: el castillo, la alcazaba, la villa propiamente dicha y sus arrabales.

Edad Moderna

La actual comarca de Los Montes fue conquistada por los castellanos entre el otoño de 1485 y el verano de 1486. La población musulmana es evacuada y sólo persiste en algunas alquerías muy localizadas. Siguiendo los planes de repoblación, los castellanos se instalan en los mismos núcleos que habían sido abandonados, aunque priorizando

aquellos que podían tener una mayor rentabilidad económica. Una vez conquistada la ciudad de Granada, las llamadas "siete villas" (Montefrío, Íllora, Moclín, Colomera, Iznalloz, Montejar y Guadahortuna) son incorporadas, a partir de mayo de 1492, a la jurisdicción de la ciudad de Granada, lo que implicaba la obligación de garantizar el abastecimiento cerealístico de la capital.

Los Montes occidentales se convirtieron además en la zona sometida a un intenso proceso de señorialización: Íllora fue encomendada a Gonzalo Fernández de Córdoba, Montefrío a Pedro de Ribera, y Moclín a Martín de Alarcón. Ello tuvo como consecuencia la formación de importantes patrimonios fundiarios, a pesar de que la comarca se había repoblado a través del clásico sistema de repartimiento.

Los Montes Occidentales fueron en esta etapa un terreno ideal para el desarrollo del modelo castellano de organización del espacio rural, un modelo en el que se combinan los espacios abiertos dedicados al secano cerealista, mientras que en el fondo de los valles, surcados por cursos de agua más o menos importantes, se mantiene la tradición musulmana de la irrigación. El panorama se completa con la ocupación de las áreas menos productivas para dehesas y baldíos, cubiertas de vegetación espontánea, y otra parte de tierra inútil, en las sierras calizas especialmente.

El sistema de asentamientos estaba formado por villas, alquerías y cortijadas. Las primeras (Íllora, Moclín y Montefrío) se emplazaban en los antiguos núcleos defensivos, estaban regidas por un concejo y disponían de un término extenso donde se distribuían los cortijos y las alquerías. Éstas tuvieron una menor importancia que en otros ámbitos de la actual provincia de Granada, y mantuvieron el orden territorial propio de la civilización agraria andalusí. Se situaban en dos áreas: el sur del término de Íllora (Tocón, Brácana, Alomartes, Oveilar y Escóznar) y las proximidades del río Velillos en el término de Moclín (Santa María, Limones, Tózar y Tiena). Una peculiaridad de las alquerías de los Montes Occidentales es el escaso peso que tenía el regadío, a diferencia de las localizadas en la Vega de Granada. Así, por ejemplo, en Alomartes, el 14,35% de las tierras eran de riego, mientras que el 85,65% lo eran de secano. En cuanto a los cortijos, no tenían concejo pero sí término propio, y eran especialmente abundantes en los señoríos. Ocupaban por lo general antiguas alquerías, y tendían a situarse próximas a los cursos de agua y en las encrucijadas de los caminos. Contaban con iglesia, la cual, junto con la casa solariega del señor, operaba como elemento de identificación de la comunidad. En el ámbito de Los Montes Occidentales eran especialmente abundantes en torno a Moclín, pero cabe destacar también que el núcleo de Algarinejo, en el extremo occidental del ámbito, tiene su origen en una cortijada. Al igual que las alquerías, estos núcleos aprovechaban al máximo los recursos agrícolas de su término, con una clara dominancia del secano cerealista y una presencia marginal del regadío.

Las pautas de aprovechamiento del medio apenas cambian durante la Edad Moderna, tal como se constata a través del Catastro de Ensenada. El caso de Montefrío, bien conocido, revela cómo a mediados del siglo XVIII era aplastante el peso del secano, en concreto de la tierra calma dedicada al cereal o las leguminosas, siendo insignificante el regadío y reduciéndose las tierras no cultivadas al 14 %. En esta época Los Montes continuaban siendo el granero de la ciudad de Granada, en un contexto de polarización entre la gran propiedad y la pequeña propiedad. La ganadería constituía otra actividad con gran peso específico, en Montefrío de forma que las cabezas ascendían a unas 47000, con un especial peso de las ovejas (47%).

Edad Contemporánea

A partir de mediados del siglo XIX, los procesos desamortizadores tuvieron en los Montes Occidentales un resultado complejo en lo que respecta a la estructura de la propiedad: por un lado, se refuerza la propiedad latifundista pero, de forma paralela, el ámbito participa del proceso de expansión de los pequeños y medianos propietarios que afecta a diversas comarcas de Andalucía Oriental. En cualquier caso, ambos procesos son los responsables de la considerable ampliación de la superficie cultivada en este período. Las depresiones margosas fueron totalmente incorporadas al cultivo cerealista, así como los suelos esqueléticos de mala calidad. Muchos de ellos tuvieron que ser abandonados tras varias cosechas, lo que provocó la aparición de extensos eriales y el desencadenamiento de una intensa erosión del suelo.



Otra consecuencia de los cambios agrarios de este período es la emergencia y consolidación de dos prácticas de intensificación que repercuten directamente en el paisaje: la desaparición de la rotación trienal y la expansión de ruedos que se cultivan todos los años. En Montefrío ello se manifiesta especialmente en un significativo aumento de los ruedos estercolados, constatado en un momento tan temprano como mediados del siglo XIX. Dichos ruedos eran cultivados todos los años sin intermisión, mediante la intensificación del sistema tradicional de año y vez.

2.3_Dinámicas y procesos recientes

Esta pequeña pero relevante franja de la antigua frontera del Reino Nazarí es una secuencia de valles y serrezuelas que se abren desde el Subbético a la Vega de Granada, favoreciendo su conexión con las vecinas provincias de Jaén y Córdoba, con las que mantiene similitudes, sobre todo en la conformación del relieve y en los paisajes agrícolas. La historia de la evolución de los usos del suelo del área es la del incremento exponencial del olivar, el segundo más extenso de la Provincia, tras la vecina unidad de Los Montes, y el primero en porcentaje de superficie ocupada (63,7% en 2007). El motivo de esta desmesurada proporción ha de encontrarse en el hecho de que ya en 1956 era el uso predominante, algo que no sucedía en ninguna otra unidad; a la influencia de las vecinas provincias, notablemente olivareras, y al apoyo recibido por la Política Agraria Común, pues es precisamente durante el periodo 1984-1999 cuando más se disparan las cifras del cultivo (+13.731 has.). Al uso olivarero no habrá otro que le haga sombra, pues es seguido muy de lejos por las tierras calmas o de labor, que han sufrido una importante involución (-69% entre 1956 y 2007) hasta prácticamente equipararla al resto de grandes usos. Tras esta evolución se halla asimismo la menor diversificación de todas las unidades, pues los cinco principales usos suponen el 87,8% de la superficie total, aunque es preciso reiterar que sólo el uso olivarero ocupa ya dos tercios de la unidad, por lo que en realidad sucede es que existe un único gran uso y otros muchos de muy inferior implantación (véase gráfico).

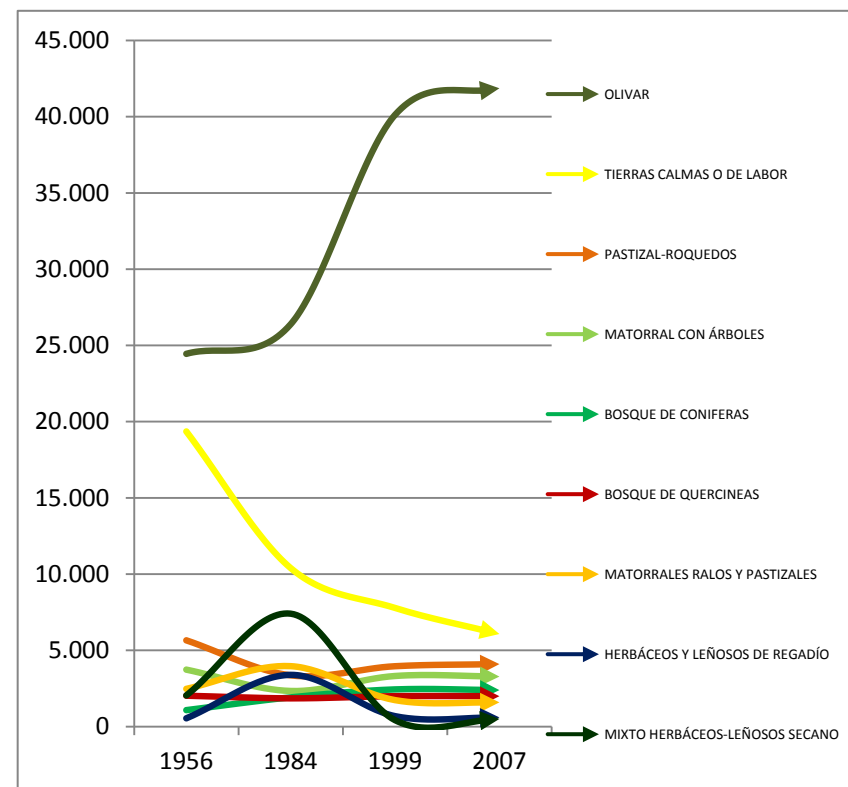


Gráfico. Evolución de los usos del suelo entre 1956 y 2007. Fuente: Elaboración propia.

La reducción la masa forestal ha relegado a ésta a su aislamiento en las coronas montañas. Gran parte de las serrezuelas que dominan el ámbito (Chanzas, Parapanda, Madrid y del Marqués), se han convertido en el único refugio para la flora, compuesta básicamente por el bosque típicamente mediterráneo de quercíneas, matorral en distintos estadios con árboles y algunas repoblaciones de coníferas. Entre 1956 y 2007 la masa forestal se ha visto mermada en aproximadamente un 4%. Esta reducción no sería significativa si no fuera porque no se distribuye equitativamente, sino que afecta a todos los espacios potencialmente cultivables, lo que constriñe la masa forestal a los reductos más recónditos, precisamente las cumbres de las citadas sierras. La estrategia de colonización de los cultivos, sobre todo olivar, ha sido la siguiente: en una primera fase, realización de cortes regulares al monte en la mayor parte de su perímetro y ascenso progresivo de cota, lo que ha dado lugar a escenarios constituidos por cerros excesivamente racionalizados en sus límites; en un fase reciente, reproducción de enclavados dentro de los propios montes, en particular a partir de la apertura de pistas que le dan acceso para algún otro uso que no es el agrícola, por ejemplo para la instalación de antenas de comunicaciones o la apertura de canteras. El efecto más inmediato es la pérdida de la condición que de corredor natural tenían para la fauna y flora del lugar. Esta función podría haberse compatibilizado si la vegetación riparia que los une a través de los múltiples cauces que lo irrigan se hubiera conservado, pero ésta también se ha visto afectada por el laboreo agrícola. Finalmente, la dinámica reciente se ha completado con la importante proliferación de canteras habitualmente dispuestas en las laderas de estas sierras, lo que no sólo implican una importante afección paisajística, sino que contribuyen a la fragmentación y aislamiento de la masa forestal.

El olivar, siendo tradicionalmente un actor mayoritario en la unidad, hoy se torna protagonista principal de la escena paisajística, pero con connotaciones diferenciales. Ya en 1956, el olivar ocupaba el 37,2% de la superficie de la unidad, dominando las medias laderas y los piedemontes, pero sin entrar en los llanos y las vegas urbanas, eminentemente cerealísticos hasta entonces. Serán precisamente estos últimos espacios los que acogerán el incremento del olivar, desdibujando así los ruedos urbanos y las escasas llanuras existentes, que ahora parecen colonizadas por bandas, según el parcelario, con especial significación cuando se alternan tiras de olivares y tierras calmas dispuestas de manera perpendicular a los principales cauces.

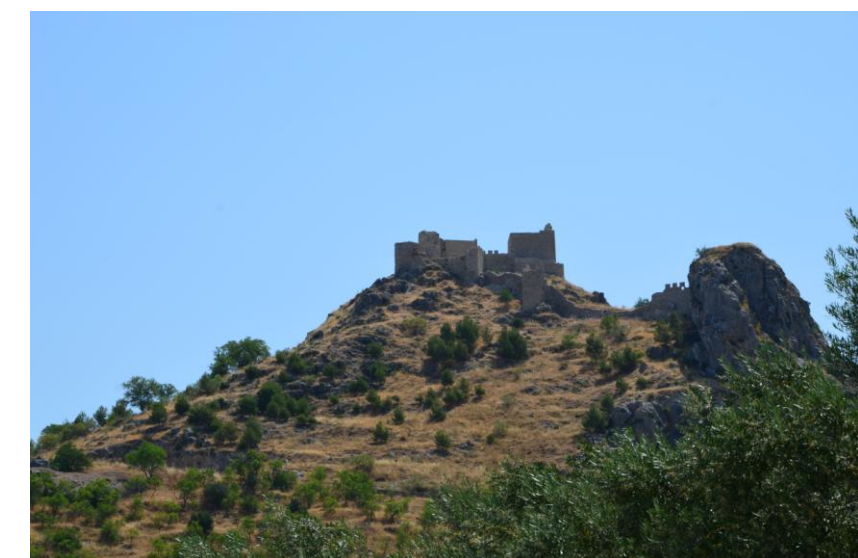


Campos de olivos. Autores: M. Carmona y L. Porcel

El nuevo olivar, a diferencia del tradicional, es más racional en su distribución y más parejo en su volumetría, pues antes se repartía tanto en cuadro como a tresbolillo o siguiendo las curvas de nivel, y ahora sólo se hace en cuadro; y su espesor difería

considerablemente al trabajarse a dos o más "patas", mientras que ahora sólo se hace a un pie para facilitar su mecanización. Esta distinción no es baladí, pues repercute directamente sobre el paisaje en el sentido de que se aprecia una escena menos improvisada y adaptada a la realidad territorial, por lo que se produce una cierta desarticulación y pérdida de la inteligibilidad del paisaje, además de una extrema homogenización. Además, con anterioridad, el olivar presentaba un mayor porcentaje de otras especies integradas, sobre todo almendrales y encinares entre los arbóreos y cereal y leguminoso entre los herbáceos, de ahí que en la imagen de 1984 los cultivos mixtos de herbáceos y leñosos de secano se incrementasen hasta el 11,3% de la superficie total; pero la alta rentabilidad (incluidas las subvenciones públicas) del olivar, así como la necesidad de facilitar su laboreo, han hecho que progresivamente vayan levantándose estos usos secundarios y sean sustituidos por el monocultivo del olivar, restando así diversidad interna al mismo.

La recualificación del paisaje a partir de la valoración de los poblamientos y el rico patrimonio histórico-defensivo distribuido por todo el territorio. El histórico carácter fronterizo del área paisajística hace de ésta uno de los escenarios con mayor concentración de torres, atalayas, fortalezas y castillos por kilómetro cuadrado del mundo. En ello juega un papel crucial aquellas poblaciones que un día formaron parte del cinturón defensivo nazarí (Zagra y Montefrío dentro del área), que mantienen un complejo tramado andalusí y, lo que es más relevante para el paisaje, la elección de lugares privilegiados para la localización de sus fortalezas y atalayas. El deterioro y la dejadez de éstas les ha restado protagonismo, pero recientes iniciativas de restauración y reconocimiento vuelven a darle la importancia que en su día tuvieron, retornando a dibujar los perfiles que motivaron sus descripciones literarias. A ello ayuda la declaración del Conjunto Histórico de Montefrío, así como las recientes restauraciones llevadas a cabo en el Castillo de Moclín, y la declaración de la Zona Arqueológica de la Peña de Los Gitanos. Por su parte, las características condiciones fisiográficas de la unidad han permitido un hábitat singularmente disperso, con proliferación de innumerables núcleos mayores, menores o aldeas, e infinidad de cortijos y cortijadas, siendo muy posiblemente el término de Montefrío el segundo con más edificaciones de este tipo, tras Alhama de Granada. Ello caracteriza profusamente el paisaje, que resultará particularmente salpicado de este tipo de edificaciones singulares, sobre todo cuando éstas se conservan en buenas condiciones de habitabilidad, tal y como recientemente se está haciendo, ya sea para mantener sus funciones tradicionales, ya sea para destinarse a nuevos nichos económicos, tales como el turismo rural. Por su lado, las dinámicas urbanísticas, en general bastante contenidas, alcanzan expresiones relevantes sobre todo en Montefrío, tanto en el núcleo principal (bordes norte y oriental) como en la vega del arroyo de Monte Santo (carretera de Algarinejo).



Castillo nazarí de Moclín. Autores: M. Carmona y L. Porcel



3_CUALIFICACIÓN

3.1_Percepciones y representaciones paisajísticas

3.1.1_Evolución histórica de los valores y significados atribuidos al área

Un paisaje agreste y montaraz

Durante el siglo XIX se consolidó una imagen literaria de los Montes como paisaje agreste, montaraz y arriscado. En fecha tan temprana como 1809, Robert Semple habla, en el viaje entre Alcalá la Real y Puerto Lope, de “profundos barrancos, donde, en las noches oscuras, se pierden hombres y caballos”. Desde una óptica más descriptiva, los diccionarios geográficos de esta centuria abundan en esta imagen. El de Madoz, por ejemplo, tras señalar que se trata de “terreno áspero y quebrado”, continúa diciendo que el paisaje “es montuoso, destinado en su mayor parte a pastos, y las cañadas a la labor, que se va progresivamente aumentando con nuevas roturaciones”. Esta obra nos muestra por tanto un paisaje en transición, en el que ya comienza a apuntarse el predominio de la agricultura; sin embargo, el énfasis está puesto claramente en transmitir la imagen de un paisaje agreste y montaraz.

Conviene no perder de vista, en cualquier caso, que existe un imaginario más antiguo, que se creó y consolidó en época nazarí: el asociado a las fortalezas y su importancia geoestratégica. Washington Irving lo recogió y utilizó en su evocación de los castillos de Moclín e Íllora. En relación con el primero, “escudo de Granada”, refiere que “sus altos muros y torres dominan todas las entradas y pasos de las montañas inmediatas”. En cuanto al segundo, considerado en época nazarí “el ojo derecho de Granada”, el escritor norteamericano nos dice que “señorea todo el país vecino”, resaltando así su capacidad para el control visual del territorio circundante.

Esta focalización en las fortalezas, asociadas en ocasiones a la imagen de conjunto de los asentamientos, ha tenido una gran importancia posterior, y ha formado, hasta nuestros días, el núcleo de la iconografía relativa a los Montes Occidentales. Primero fue la imagen fotográfica, a través de las postales y de publicaciones diversas, tales como el Portfolio fotográfico de España (1900-1910) o Palacios y castillos árabes de Andalucía (1953). Más recientemente, han cobrado gran importancia las producciones audiovisuales e Internet. Resulta significativo este respecto que uno de los episodios de Andalucía es de Cine se dedique en exclusiva en Montefrío, considerado “un antiguo baluarte en la comarca granadina de Los Montes Occidentales, una estampa popular con sabor a ilustración romántica”.

Una campiña accidentada

Tras la conquista castellana desapareció el imaginario de la frontera y surgió uno distinto, el relacionado con la función que se asignó a las Siete Villas como granero de la ciudad de Granada. A principios del siglo XVII, Bermúdez de Pedraza dice sobre el conjunto de Los Montes que “tiene muchas villas y lugares fertilísimos de pan”. Enríquez de Jorquera insiste en los “muchos y grandes cortijos de sembradura” que había en las Siete Villas, “obligadas al sustento de Granada”. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que no es un tópico enteramente nuevo, pues Ibn al-Jatib ya decía en el siglo XIV, que “Montefrío e Íllora son mina de excelente trigo y de caza, y sitio de ganados”. En definitiva, tras la conquista castellana, el imaginario asociado al cultivo de cereales pasa a primer plano, hasta que es desplazado por las interpretaciones del siglo XIX, más atentas a captar holísticamente el carácter del paisaje.

Los cambios acaecidos en los Montes Occidentales a partir del siglo XIX, por los cuales se han convertido en un paisaje netamente agrícola, han favorecido la consolidación de una visión alternativa de este paisaje, ahora interpretado como una campiña accidentada, más que como un paisaje agreste y montaraz. Ha sido este un proceso reciente, en el cual han intervenido tanto las visiones científicas como las literarias. Entre las primeras cabe destacar el libro Campagnes andalouses et colons castillans (1988), obra del geógrafo francés André Humbert. La importancia de este libro, que abarca todo el Subbético central, no reside sólo en su estudio del proceso de agricolización de dicho ámbito, sino también en sus imágenes aéreas oblicuas. Así por ejemplo, las del entorno de Montefrío documentan de forma clara el monocultivo olivarero que se ha impuesto en ese municipio.

En cuanto a las visiones literarias, cabe destacar, la visión de Francisco Izquierdo, escritor granadino que desmonta los tópicos sobre Los Montes como paisaje agreste y montaraz. En su texto de 1992 “El escudo de Granada” nos transmite una visión claramente campiñesa de los Montes Occidentales: “geografía de lomas y vaguadas trabajadas por el hombre y de monte bajo con antigua memoria de extensos pastos”. En las representaciones iconográficas recientes también aparece esta visión de los Montes Occidentales. Así, por ejemplo, el episodio de Andalucía es de Cine dedicado a Montefrío nos muestra con claridad cómo este núcleo está rodeado de olivos por todas partes. Así lo recoge también el texto de acompañamiento de Fernando Olmedo, que termina diciendo que “más allá de sus empinadas callejas se extiende un interminable campo de olivos”.

3.1.2_Percepciones y representaciones actuales

En los grupos de discusión y entrevistas realizados en el seno del proceso de participación ciudadana, la pauta general con respecto a la zona de Montefrío ha sido articularla con la comarca de los Montes y, especialmente, con la comarca de Loja. Por tanto se trata de una zona que ha merecido escasa atención en los encuentros desarrollados a lo largo de la provincia, raramente se han hecho referencias directas, quedando en un lugar oculto, relegado en el imaginario social granadino. Además de no dotar a esta comarca de una personalidad propia, otro hecho que sostiene la escasa atención prestada, es que la población granadina en general, manifiesta una escasa relación con ese territorio. Esta falta de contacto puede estar asentada en diferentes aspectos, entre los que predomina el desconocimiento y el que sea zona de paso (no cuenta con autovías, ni con ferrocarril). En definitiva, el desconocimiento conduce a la inconexión, y viceversa, de modo que son escasas las menciones a este espacio, y si se hace alguna referencia es para resaltar su homogeneidad y monotonía, especialmente vinculada a la proliferación del olivo.

“Pero si en Montefrío no hay agua. Allí no hay ni tajos. Allí sólo hay olivos” (Entrevista a habitantes autóctonos de la comarca Tierras de Loja).

Los habitantes de esta comarca no desconocen esta realidad y son conscientes de vivir en una especie de limbo, de marginalidad, que explican por ser una zona periférica de la provincia de Granada, tanto en términos físicos como simbólicos. Se autoperiben como ignorados por las administraciones e inversiones privadas, que no se han encargado de poner en valor el potencial de estos municipios, quedando relegados frente a la atención prestada a otras zonas rurales de la provincia como el caso de las Alpujarras. De forma que, la comarca de Montefrío no es definida por sus habitantes en los mismos términos que en el resto de la provincia de Granada, sino que resaltan su historia, atractivo y la riqueza de sus recursos. Enfatizan elementos que dan personalidad a esta comarca como las sierras, especialmente Parapanda, su rica fauna y vegetación; o el atractivo monumental de algunos de sus municipios, como la proliferación de torres vigías o la particularidad de algunos de sus castillos e iglesias, especialmente representada en la singular iglesia de Montefrío.

Se trata de una sociedad rural, pero con mayor diversidad de actividades económicas de lo que ocurre en otras comarcas rurales de la provincia granadina, de ahí que la proporción de trabajadores agrarios sea menor que en otras comarcas rurales. La población activa se dedica a otras actividades que se han ido poniendo en valor, especialmente el turismo aprovechando el rico patrimonio histórico-cultural de algunas

de sus poblaciones o el turismo en la naturaleza. Sin embargo, al igual que ocurre en otras comarcas vecinas, como es el caso de Los Montes, la presencia de profesionales y técnicos es muy baja, si comparamos con la media provincial (9%-23%); lo mismo que ocurre con la población con estudios superiores (7%-20%).

No obstante, Montefrío es una comarca rural y agraria. Algunos de los municipios están compuestos de numerosos núcleos de población o anejos, lo que significa, un acuciado carácter rural. Aunque se dan otras actividades económicas, como la ganadería (muy tradicional en la zona) o el incipiente turismo, el cultivo del olivo es el elemento más representativo para los habitantes de esta comarca, símbolo de la cultura mediterránea, omnipresente en sus vidas, visible casi desde cualquier punto, y que constituye la principal fuente de riqueza de estos municipios donde la campaña de la aceituna emplea a gran cantidad de trabajadores.

La realidad demográfica tiene una clara repercusión en las percepciones sociales en torno al paisaje. En el discurso predominante, el paisaje es un recurso productivo más. De forma que, la paulatina extensión del cultivo del olivo ha sido a expensas de otros cultivos como el cereal y legumbres o de otros usos del suelo (ganadero y tierras calmas), lo que es interpretado como aumento de la dependencia económica y pérdida de riqueza del entorno natural. Y en el caso de las canteras, el daño visual es indudable también para la población autóctona. Critican la paulatina merma y deterioro que vienen sufriendo la rica fauna, especialmente avícola (cigüeña, garza real, roquero solitario, etc.), y mamíferos del monte (jabalíes, las ginetas, garduñas, tejones y comadreja, gato montés, etc.). Y la práctica desaparición del bosque mediterráneo y de dehesas, de chaparros, encinas y quejigos. Las zonas formadas por árboles maduros prácticamente han desaparecido y no queda testimonio del bosque mediterráneo primigenio, sustituidos por tierras de cultivos o por repoblaciones de pinos y cipreses, en su mayoría. En definitiva, las transformaciones en el paisaje no pasan desapercibidas, aunque en muchas ocasiones, las actuaciones que han supuesto un daño son justificadas en aras de la riqueza económica o puestos de trabajo.

Pero si hay un elemento que media en el discurso de la población autóctona, es la crisis económica actual, que hace que se demande una mayor explotación de los recursos existentes en el territorio, y se critica que existan recursos que aún están sin explotar, como los chaparros o la falsa ágata. Porque el problema no es que no haya recursos, sino que no se aprovechan, o se hace un mal uso de ellos. Tradicionalmente existe en estos municipios la demanda de un mayor aprovechamiento colectivo de los recursos, lo que puede deberse a la presencia de grandes dehesas dedicadas a cotos privados de caza, sierras sin ninguna actividad y por tanto, beneficio económico, o la famosa finca del Duque de Wellington, en el municipio de Íllora, que en el discurso popular aparece como un bien expoliado a la población local. Por tanto, de nuevo nos enfrentamos a un discurso mayoritario que centra su atención en el territorio como medio de producción, mientras que el paisaje queda relegado a un segundo plano, y su importancia también queda en parte vinculada a su capacidad de generar riqueza a través del turismo. La población no suele demandar protección o conservación del paisaje, sino explotación de recursos, que los ciudadanos puedan vivir y trabajar ahí.

Existen otros tipos de colectivos sociales que se acercan al paisaje desde otra perspectiva, como es el caso de nuevos pobladores, que tienen un perfil sociodemográfico bastante diferente al de la población autóctona. En este caso, si hay una concepción distintiva del paisaje, son capaces de observar unos impactos y alteraciones, o que bien pasaban desapercibidos para la población mayoritaria, o no comparten el discurso anterior de sometimiento de la naturaleza, del paisaje en función de la riqueza económica. Valoran la extensión del olivo como una grave merma a la riqueza de la zona, produciendo un paisaje estandarizado, simplificado y empobrecido. Se detienen en el detrimento o desaparición de algunos elementos del paisaje, ignorados o repudiados por la población autóctona, como los caminos rurales o cortijos tradicionales, las casetas o refugios de pastores, las eras o las albarradas; muy valorados por este tipo de población, mientras que la población más tradicional, suele observar en estos elementos inservibles un tiempo pasado de escasez, duro trabajo y pobreza.

“- Estamos en un pueblo en el que los recursos naturales es que son mínimamente aprovechados, y toda esa culpa la tiene la subvención y el subsidio del paro (...)



Cumpliendo la normativa europea se puede ir hacia una explotación sostenible (hace referencia a canteras). Porque la normativa europea te dice: abre un frente, explota y luego se vuelve a repoblar de tierra y se vuelve a plantar (Entrevista a habitante autóctono en comarca de Montefrío).



Vistas desde el núcleo de Moclín. Autores: M. Carmona y L. Porcel

3.2_Establecimiento del carácter paisajístico del área

Los Montes Occidentales tienen una estructura general relativamente sencilla, en la que se pueden distinguir tres bandas que se extienden en dirección SO-NE. De Norte a Sur se suceden el llamado subbético externo-medio, el subbético interno y el borde alomado en contacto con la Depresión de Granada. Si nos atenemos al aspecto general que presenta cada una de ellas, puede decirse que estamos ante una campiña olivarera relativamente accidentada, un conjunto de sierras calizas y dolomíticas separadas entre sí por pasos y puertos y, finalmente, una nueva campiña olivarera, esta vez de relieve suave y alomado. También hay diferencias climáticas entre los tres ámbitos, de modo que las precipitaciones disminuyen de Norte a Sur y de Oeste a Este, oscilando entre los 654 mm anuales de Montefrío y los 488 de Íllora, mientras que en las cumbres de las sierras de Parapanada y Madrid se rebasan los 700 mm anuales.

En el subbético externo-medio, donde predominan las margas y las margocalizas, las formaciones serranas propiamente dichas son escasas, destacando sierra Pelada, al norte de Íllora, y sierra de las Chanzas, al sureste de Algarinejo. Esta parte de los Montes Occidentales se ha ido desprendiendo, desde el siglo XIX, del aspecto agreste y montaraz que tuvo en el pasado y el manto grisáceo del olivar se ha ido haciendo dueño casi absoluto del paisaje. Existen sin embargo, varios elementos que introducen diversidad en el carácter. En primer lugar, al recorrer este paisaje se suceden cuencas visuales de aspecto muy diverso: la alargada y estrecha cuenca que termina en Algarinejo; la de Montefrío, una gran cuenca más abierta en cuyo extremo sur se emplaza este asentamiento; las situadas al norte de Íllora y Moclín, amplios corredores que abren hacia el noroeste la vega del Genil y la ciudad de Granada. Existen también matices cromáticos relevantes: en ciertos lugares (depresión de Montefrío y al noreste, en torno a Limones) el ocre dominante de las margas y margocalizas da paso tonalidades albinas, como consecuencia de la incursión de las calcarenitas.

A pesar de su dominancia, el olivar, paradójicamente, también introduce un elemento de variedad y contraste, gracias a las texturas diferentes bajo las cuales se nos presenta.

El escalonamiento de su expansión ha propiciado una diversidad de tramas parcelarias y de modos de plantación, de forma que en los olivares más antiguos el grano es más concentrado, debido dos factores: su distribución orgánica siguiendo las curvas de nivel y la mezcla con otras leñosas como la encina y el almendro, o bien con cereales y leguminosas. En cambio, las nuevas formas de plantación prescinden totalmente de estas especies y siguen una estructura parcelaria cuadrangular, discordante con el medio físico. Por otra parte, conforme se avanza hacia el este, el cereal de secano hace su aparición en los fondos de los valles y en las laderas de las lomas, en parcelas de tamaño grande y mediano. En este contexto, aún quedan reductos del aspecto agreste y montuno que este paisaje tuvo en el pasado, gracias sobre todo a la sierra de Chanzas, donde la expansión olivarera ha sido frenada por el predominio de los litosoles, de modo que dominan las masas forestales, mientras que el olivar ocupa los afloramientos de margocalizas y margas.

El principal asentamiento de esta banda norte de los Montes Occidentales es sin duda Montefrío. Su emplazamiento delata sus orígenes en uno de los más importantes castillos que defendían la frontera norte del reino nazarí. Situada sobre un relieve tabular, la iglesia de la Villa se alza sobre el roquedo calcáreo y a sus pies se extiende su compacto caserío, donde destacan las casas-cueva excavadas en el talud margoso y la bóveda semiesférica de la iglesia de la Encarnación. El resto de asentamientos relevantes se emplaza en fondos de valle, como ocurre con Algarinejo o Puerto Lope, si bien el significado de ello es diferente en cada caso: mientras que el primero se explica exclusivamente por procesos locales (una antigua cortijada enclavada en un señorío), el segundo nos habla de la relevancia de la salida hacia el noroeste de la Vega del Genil y la ciudad de Granada. Puerto Lope es así incomprensible sin este pasillo de comunicación, gracias al cual, durante la época nazarí, devino puerto franco de intercambio entre el Reino de Granada y la Corona de Castilla.



Montefrío. Autores: M. Carmona y L. Porcel

Pero estos asentamientos principales son sólo una parte de la impronta dejada por el poblamiento a lo largo del tiempo. Hay una trama menos visible, formada por edificios castrales (castillos y torres de vigilancia), la tupida trama de los cortijos y diseminados en torno a Montefrío y finalmente, pero no menos importante, la potencia de Peñas de los Gitanos como lugar de asentamiento en el pasado remoto. En esta zona arqueológica han quedado registradas, en un mismo enclave, las improntas de horizontes culturales muy diversos, si bien su mayor valor reside en testimoniar la relevancia del poblamiento neolítico y calcolítico en el subbético granadino. En el otro extremo del arco temporal, Fuentes de Cesna, junto al pantano de Iznájar, es un asentamiento rural muy reciente, creado en los años 60 del siglo XX, a resultas de los desprendimientos que dejaron destruido el núcleo primitivo.

En cuanto al llamado subbético interno, integra los afloramientos calizo-dolomíticos de Parapanda, Madrid, Enmedio-Moclín, Hoz, Tózar y Limones. Desde la depresión no se nos presentan a la manera de Sierra Arana, como una muralla continua, sino más bien como un conjunto de hitos intermitentes. La cota máxima se alcanza en la sierra de Parapanda (1585 metros), la cual puede también considerarse el principal hito visual y un mirador privilegiado hacia la Depresión de Granada y Sierra Nevada. La clave principal del poblamiento ha estado aquí en los pasos que se abren entre estas sierras, gracias al valor estratégico que adquirieron en ciertas épocas. A este respecto, la compleja evolución del poblamiento durante el período andalusí ha resultado clave: si en la etapa emiral dominaron las meras consideraciones relacionadas con las posibilidades defensivas, como testimonio por ejemplo Tajo del Sol, más adelante, ya en época nazarí, los criterios se hacen más complejos, incorporando consideraciones relacionadas con la situación y la visibilidad. El castillo y villa de Moclín es la destilación más acabada de ello: controla el paso hacia los corredores Sur-Norte del subbético externo-medio, su emplazamiento lo hace difícil de tomar, y tiene un potente acceso visual a los dos lados del cinturón serrano, pudiéndose establecer relaciones de intervisibilidad con otros edificios castrales situados al norte, como la torre de Tózar, o al sur, en la propia depresión de Granada.

Al sur de estas formaciones serranas del subbético interno, la morfología se torna alomada y ligeramente inclinada hacia el sur, conformando un relieve irregular de lomas y llanuras estables de antiguo poblamiento concentrado (Alomartes, Tocón, Brácana) en las que cobra gran peso la morfogénesis denudativa. A esta simplicidad morfológica y estructural se une la uniformidad que introduce el olivar, un olivar reciente sin diversidad de texturas. La impresión de monotonía se acentúa aún más por las vías de comunicación de trazado rectilíneo, hasta que Íllora y el afloramiento calizo de Obéilar interrumpen bruscamente dicha sensación. Al noreste de aquella, ya al sur de la Sierra de Enmedio-Moclín, la textura del olivar es aún más uniforme y sólo el río Velillos y su vega, junto con los arroyos que allí desembocan, introducen un elemento de diversidad paisajística.

3.3_ Valores y recursos paisajísticos

Valores escénicos, estéticos o sensoriales

- El conjunto de atributos que introducen diversidad visual y escénica en el subbético externo-medio: la diversidad de cuencas visuales, la alternancia de tonos ocres y albinos y la diversidad de texturas del olivar.
- La lamina de agua del pantano de Iznájar, al sur de Algarinejo, que rompe la uniformidad paisajística de la accidentada campiña olivarera.
- La cuenca visual en torno a Montefrío, donde se combina la dominancia abrumadora del olivar con la diversidad de texturas y de tramas parcelarias.
- El potencial de la Sierra de Parapanda y de las sierras adyacentes como miradores naturales que permiten apreciar el conjunto de la depresión de Granada y Sierra Nevada.
- El castillo de Moclín, por el potente acceso visual que proporciona tanto a la Depresión como al corredor, que, hacia el norte, llega hasta Alcalá la Real.

Valores naturales y ecológicos

- Los bosques de quercíneas y el matorral mediterráneo en la Sierra de Chanzas.
- Los bosques de quercíneas, el matorral mediterráneo y las repoblaciones forestales de las sierras centrales (Parapanda, Madrid, Enmedio-Moclín, Hoz, Tózar y Limones).



- El valor ecológico y cultural de las plantaciones olivereras más antiguas, que seguían las curvas de nivel e iban acompañados por otras especies arbóreas y de cultivos herbáceos.
- El río Velillos y sus afluentes, que atraviesan los tres paisajes de los que se compone el área: las lomas del subbético externo-medio, las sierras del subbético interno y la campiña oliverera del sureste.

Valores históricos y patrimoniales

- La zona arqueológica de Peñas de los Gitanos, al este de Montefrío, donde se concentra la impronta de horizontes culturales muy diversos, desde el Calcolítico hasta el siglo X de nuestra era.
- Los poblados de El Castellón, Las Mesas y Tajo del Sol, testimonio del poblamiento en emplazamientos elevados propio de la etapa emiral.
- La alta concentración de edificios castrales, una de las mayores del mundo, derivada del carácter fronterizo de Montes Occidentales durante el período nazarí.
- Las imágenes de conjunto de Montefrío, Íllora y Moclín, en las que se aúna el valor patrimonial con su condición de elemento de identificación en sus municipios respectivos.
- La gran densidad de edificaciones rurales singulares y de diseminados, especialmente en torno a Montefrío.
- La tupida red de caminos rurales en torno a Montefrío, resultado de la gran densidad de cortijos y diseminados en este municipio.

Valores simbólicos e identitarios

- La larga tradición de descripciones de los castillos y las imágenes de conjunto de los principales asentamientos, creándose un imaginario paisajístico propio y específico en torno a las mismas.
- La patrimonialización institucional del centro histórico de Montefrío, desde su declaración como Conjunto Histórico-Artístico Nacional en 1982.
- La existencia, en el conjunto del área, de un cierto nivel de sensibilidad en relación con los valores naturales y culturales del área y el potencial de desarrollo local que ello supone.
- El desarrollo incipiente de procesos locales de patrimonialización, social e institucional, en los que el paisaje empieza a ser tenido en cuenta.



Torre vigía en una peña rocosa. Autores: M. Carmona y L. Porcel

4_ DIAGNÓSTICO Y ESTRATEGIA DE INTERVENCIÓN

4.1_Diagnóstico general del paisaje

4.1.1. Potencialidades

- La concentración de valores patrimoniales en Peñas de los Gitanos da a esta zona arqueológica un gran potencial de sensibilización paisajística, especialmente en relación con las primeras etapas del poblamiento en el subbético granadino.
- La existencia de una sensibilidad local relativamente consolidada en relación con el potencial que para el desarrollo local tiene el patrimonio natural y cultural.
- La relevancia y desarrollo que ha ido adquiriendo el turismo rural ofrece oportunidades para que el paisaje devenga recurso decisivo para el desarrollo local.
- Las recientes iniciativas de restauración y reconocimiento de edificios castrales, que les han devuelto en parte su imagen original y pueden operar como elementos de sensibilización paisajística.
- El mantenimiento en buen estado de una parte significativa de las edificaciones rurales singulares, tanto de las orientadas a las funciones tradicionales como de las destinadas al turismo rural.
- La tupida red de caminos rurales, como elemento de acceso al paisaje y de sensibilización acerca de sus valores.
- La conciencia paisajística en Moclín, al menos a nivel institucional, expresada en el eslogan "Moclín, historia y paisaje".
- La formación incipiente de una iconografía paisajística sobre Íllora y su entorno, expresada a través de diversas páginas web que contribuyen al incremento de la sensibilidad patrimonial y paisajística.
- La conciencia de pertenencia al llamado Poniente granadino puede ser un punto de partida para que se desarrollen procesos de patrimonialización del paisaje que trasciendan el ámbito local.

4.1.2. Amenazas

- El retroceso de la masa forestal de las sierras principales (Chanzas, Parapanda, Madrid y Marqués), debido al avance del olivar incluso en laderas de pendiente pronunciada.
- La invisibilidad en las representaciones paisajísticas de la campiña oliverera del sur y el sureste, sin que, a diferencia de otras partes del ámbito, se haya formado un imaginario específico en torno a este paisaje.
- La tendencia a que los procesos de patrimonialización operen en un ámbito local, en lugar de sobre un ámbito más amplio (Los Montes, Montes Occidentales o el llamado Poniente granadino).
- La tendencia, en las actuales percepciones y representaciones, a adoptar un enfoque centrado en valores naturales y culturales fragmentarios, con escasa presencia del carácter del paisaje y los valores paisajísticos.
- La escasa valoración social de los antiguos paisajes olivereros, a pesar de sus valores ecológicos y culturales.

- Las dinámicas urbanísticas recientes de Montefrío, que han de ser especialmente cuidadosas con no dañar la imagen de conjunto del centro histórico.
- La ocupación de algunas pequeñas vegas por el olivar, eliminando un elemento de diversificación del paisaje.



Olivos junto a la vegetación natural. Autores: M. Carmona y L. Porcel

4.2_Definición de objetivos de calidad paisajística

I. Recuperación y mejora paisajística del patrimonio natural

- Unos paisajes olivereros del subbético externo-medio en los que el monte mediterráneo recupere terreno y se mitigue la expansión oliverera reciente, al menos en las laderas de mayor pendiente.
- Una Sierra de Chanzas en las que se mantenga el actual equilibrio entre masa forestal bosque y olivar en los afloramientos margosos.
- Un relieve kárstico de las sierras centrales cuyos impactos visuales (antenas, extracción de áridos) sean mitigados y que goce del reconocimiento que les otorgaría una figura de protección.
- Una masa forestal de las sierras centrales accesible gracias a una red de caminos y senderos que opere como dispositivo de sensibilización paisajística.
- Una cuenca fluvial del río Velillos que conserve su vegetación de ribera, sus paisajes de vega así como los regadíos tradicionales y sus infraestructuras asociadas.

II. Recuperación y mejora paisajística del patrimonio cultural

- Unas imágenes de conjunto libres de contaminación visual y de elementos que compitan con los hitos visuales ya existentes.
- Una red de edificios castrales que mantengan su carácter de hito visual, así como sus relaciones de intervisibilidad, operando al mismo tiempo como potente dispositivo de sensibilización paisajística.



- Una red de miradores en las sierras centrales que permitan el acceso visual a las diferentes cuencas visuales y a la diversidad paisajística de las mismas.

III. Cualificación de paisajes asociados a actividades productivas

- Unas plantaciones olivereras tradicionales que mantengan su disposición orgánica siguiendo las curvas de nivel, y la mixtura compleja con otros aprovechamientos herbáceos y arbóreos.
- Unos paisajes de vega en los que el olivar haya perdido importancia y se vaya recuperando la diversidad de aprovechamientos propio de las pequeñas vegas del subbético granadino.
- Una trama de viviendas rurales y diseminados que mantengan los rasgos esenciales de su carácter, gracias a la actividad agraria y al turismo rural.
- Una red de caminos rurales en torno a Montefrío bien conservada y que opere como herramienta de sensibilización patrimonial y paisajística, tanto para la población local como para los visitantes.

Bibliografía de referencia

- AZORA MONTES M.P. (1992): Flora y vegetación de las sierras de Parapanda, Pelada, Madrid y Obeilar. Universidad de Granada.
- BOUSSOUF S., IRIGARAY C. y CHACÓN J. (1994): Movimientos en ladera y factores determinantes en la vertiente septentrional de la depresión de Granada. Revista Sociedad Geológica de España.
- GÁLVAS PARRAS M.E. y SALOBREÑA GARCIA J. (1988): *Montes occidentales de Granada*. Diputación Provincial de Granada.
- MATTEI, J. (2013), Los castillos de frontera nazaries y sus precedentes en los Montes Occidentales de Granada: un análisis espacial y del territorio. (tesis doctoral). Ed. Universidad de Granada
- ONIEVA MARIAGES J.M. (1978): Un ejemplo de sobreimposición de la red hidrográfica en el sector central de la Cordillera Subbética: Montefrío (Granada).
- SORIA MESA, E. (1992), El señorío de Algarinejo (siglos XVI-XVIII), En *Revista del Centro de Estudios históricos de Granada y su Reino*, nº 6, pp. 319-334.
- UNIVERSIDAD DE GRANADA (1996): Proyecto LUCDEME. Mapa de suelos, escala 1:100.000. Montefrío 1008. Ministerio de Medio Ambiente.
- UNIVERSIDAD DE GRANADA (1997): Proyecto LUCDEME. Mapa de suelos, escala 1:100.000. Granada 1009. Ministerio de Medio Ambiente.
- VERA J.A. (1966): La unidad de Parapanda-Hacho de Loja. Su individualidad estratigráfica y tectónica en la zona subbética. CSIC- Instituto de Ciencias de la Tierra Jaime Almera (ICTJA).



Arroyo de la Viña (Algarinejo). Autores: M. Carmona y L. Porcel



Colomera Autores: M. Carmona y L. Porcel